

Domingo XXXII del Tiempo Ordinario

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos entrando en la última etapa del tiempo litúrgico y, en estas lecturas, de estos tres domingos siguientes, se nos recuerdan algunos elementos que tienen que ver con el futuro de la fe, el futuro de la humanidad, y este futuro que está anticipado con la presencia de Jesús que, encarnándose, da testimonio del Padre que lo ama, y muere para cumplir la voluntad de amor que le envió a hacer y para mostrar a la humanidad que Dios es amor y solo es amor.

Por eso, la perspectiva grande del futuro está marcada en estas lecturas por la esperanza de que, más allá de esta vida, somos recibidos por Dios. No es simplemente una inmortalidad del alma, no es simplemente un “más allá” cualquiera, es el Padre celestial en el cual todos habitamos, como y existimos. Por eso Jesús, en la parte final del texto de hoy (Lc 20, 27-38), dice: *Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».*

Nuestro destino final y pleno, hermanos y hermanas, es vivir en Dios, como nuestro Padre, porque somos sus hijos y, por lo tanto, ya desde ahora hemos de testimoniarlo siendo hermanos los unos de los otros. Esto es lo que no entendía ni quería entender el grupo de saduceos, porque los saduceos estaban muy bien esta vida.

En la larga historia de Israel, después de la desaparición de los reyes, durante el periodo persa, durante el período griego

y durante el periodo romano, los sacerdotes fueron elevando su nivel y convirtiéndose en una especie de aristocracia que, de alguna manera, pretendía ser la transparencia directa de Dios en la Tierra; pero, para eso, en vez de ser mártires, es decir, testigos de ese Señor, inventaron diversas fórmulas para consolidar su dominio y hacer posible que, generación tras generación, siempre existiera distintas castas o grupos de sacerdotes presididos ya, en la última etapa, por el Sumo Sacerdote que, como ustedes saben, es el que se escandaliza de que Jesús anuncie que va a ser juzgado por el Hijo del hombre que vendrá entre las nubes del cielo.

Esta aristocracia sacerdotal le plantea a Jesús un caso específico: la mujer que se casa con todos los hermanos, después de que van muriendo uno a uno, sin dar descendencia y el destino final de ese es no saber de cual hermano es mujer. Este caso es extraño, además, porque es imposible que algo así pase.

En realidad, los sacerdotes están pensando en una idea de resurrección que tenían muy a pecho: que la verdadera resurrección se daría en las generaciones que nos suceden y que mantienen la fama, el apellido y el honor de la casta sacerdotal. Y, por eso, para ellos, “resucitar” era tener siempre un germen en esta Tierra que siguiera su prestigio y su apellido (como pasa ahora, también, con esa ilusión, esa pretensión de prolongar la vida a 200 o 400 años que algunas personas en el mundo pretenden realizar y ya están haciendo experimentaciones).

Perpetuarnos en esta vida y “ser inmortales” en esta vida es una loca ilusión más de tantas que pensamos que podemos tener cuando poseemos, ganamos dinero, queremos hacer que en esta Tierra todo se vaya ambicionando. Y siempre el Señor recordándonos: En cualquier día te llamará el Señor y tendrás que morir.

Esta tendencia absurda a perpetuarnos, a creer que las cosas que siempre hemos hecho deben ser y no cambiar, eso que muchas veces hemos llamado una “religión atea” o un “cristianismo ateo”, un cristianismo sin un Dios que se espere “más allá” de nuestro pensamiento y contumbres sobre Dios. Ya dice San Pablo: *Si para esta vida tenemos puesta toda nuestra esperanza, somos los más desgraciados de los hombres (1 Corintios 15:19).*

Y es que poner la esperanza solamente en esta vida para perpetuarla, presupone el no reconocer que la vida nos ha sido dada, no reconocer la resurrección como regeneración de la humanidad, como ha dicho el Papa hoy, la resurrección como una humanidad nueva que se ama, que se quiere, que es un don de Dios. Eso no se puede “conquistar”, más bien, así como fue un don la vida, también es un don la Resurrección, que viene de parte del Señor, que es nuestra esperanza.

Se trata de una renuncia a una “esperanza esperante”, que es la fuente inagotable de la creatividad del ser humano. La esperanza esperante es la esperanza que no se puede prever, no se puede calcular. A eso se refiere la resurrección, que es la motivación que permite, permanentemente, que nosotros en la historia podamos abrir nuevos caminos, porque siempre esperamos más. Como decía un autor peruano: No terminamos de llegar y ya estamos, otra vez, yéndonos.

El ser humano siempre está buscando, como los niños en la Navidad que le regalan un juguete y están jugando luego con una caja, porque siempre van más allá de lo limitado. La esperanza esperante es la que siempre nos permite esperar más y abrírnos más y, por lo tanto, tener más capacidad de recibir los dones del Señor.

La esperanza esperada, en cambio, es esa que ustedes seguramente tienen en ese momento para que esta homilía acabe, porque saben que va a acabar, es previsible, tiene que acabar. O como las visitas al médico: uno puede esperar como si fuera esperanza esperante porque demora un montón, pero, luego, algún día se realizan. Esas sí son previsible, pero esas no dan la motivación para esperar más, esas invitan a la desesperación. Y el ser humano tiene que sobreponerse a ellas para siempre esperar, porque esa es la esperanza de la fe que guía todo nuestro caminar en este mundo.

Jesús, hoy día, les recrimina a estos señores saduceos que, en realidad, están confundidos completamente y, además, les recrimina su frivolidad, su incapacidad de ver más lejos, su ser absolutamente ensimismados y, por lo tanto, renunciando a la vida futura.

Pero hay algo más importante todavía, porque Jesús habla de dos momentos: el hoy y el futuro. No para decir “primero el hoy” y “después el futuro”, sino que ya, hoy, podemos anticipar el futuro y vivir como resucitados.

Por eso, los textos del día de hoy (Macabeos 7, 1-2. 9-14), hacen una referencia a la persecución que, en tiempo de Antíoco IV y de los seléucidas, hicieron a los hebreos. Ellos (los hebreos) testimoniaban su esperanza dejando que los destruyeran, pero manteniendo la moral del amor a su pueblo y a su tradición profunda. Y, por esa razón, nosotros, también, en nuestra historia, tenemos personas que han preferido morir a vivir una vida indigna, que renuncia a los valores que fundaron nuestra Patria y, por eso, estos días hemos recordado la Rebelión de Túpac Amaru (4 de noviembre). Otros han recordado este día para hacerse pasar como si fueran este gran peruano, pero no lo recordamos para eso, recordamos para ver que hubo 100 mil muertos que quisieron testimoniar que es necesario un

Perú distinto, como se deseaba esta gesta que fue precursora de toda la historia posterior, (pero con unas masacres que no deben volver a ocurrir). Pero, también, están todos los que vinieron después. Nunca nos cansaremos de decir que nuestro país descansa sobre mártires nobles (muchos de ellos absolutamente católicos y cristianos), que fundaron la Patria sobre la base, justamente, de su entrega generosa.

Es muy difícil encontrar un héroe que haya ganado una guerra, pero sí sabemos que son héroes nobles que entregaron su vida, como Alfonso Ugarte, que su mamá le decía: “Vete, de una vez, a Europa y olvídate de este lío que hay aquí con los chilenos”. Y Ugarte le respondía: “Mamá, y ¿quién se va a ocupar del país si yo no me ocupo?”. Por eso lo tenemos como mártir, también.

En esta Pandemia todos hemos tenido esa experiencia. Sin duda, vamos a rezar por los médicos que han muerto, pero, especialmente, por los que han muerto ayudando y arriesgando y entregando su vida, siguiendo el legado de Daniel Alcides Carrion, que se inoculó la bacteria de la berruga peruana, para estudiarla y así combatirla y sanarnos a nosotros los peruanos. Así también son los enfermeros, como todas las personas que nos han ayudado. La humanidad se ha de fundar siempre sobre el testimonio de las personas que contribuyeron con su vida a construir el mundo y las naciones, mucho más en el Perú, en donde, quizás, haya una semejanza entre la imagen del Señor de los Milagros que recorre nuestras calles y el ejemplo que quisiéramos seguir nosotros: esa inspiración que nos da Jesús para que, en cada momento de la vida, comprometamos nuestras vidas por dar vida a los demás. Como creyentes y seres humanos resucitados que nos dieron testimonio del Dios de la vida.

¿Quién es el que da vida a los demás? El que es testigo de la resurrección y no tiene miedo a morir, sino que entrega su vida, justamente, como testimonio anticipado de allí a donde vamos, a encontrarnos con el *Dios de los vivos* y, por lo tanto, no practica la “viveza”, sino la vitalidad de la vida.

Por eso, hoy día, también, quisiera que recordemos, como uno de esos testigos, a Monseñor Augusto Vargas Alzamora que, así como estas frases tan profundas que dicen los distintos testigos del martirio y de la persecución de los seléucidas: *Vale la pena morir a manos de los hombres cuando se espera que Dios mismo nos resucitará*. Pues bien, Monseñor Augusto Vargas fue amenazado de muerte alguna vez, y declaró: “Que me maten sus esbirros, pero yo no dejo de predicar la Palabra de Dios”. Y es verdad que murió de un derrame cerebral, pero su vida fue un testimonio de veracidad y de entrega capaz de cuestionar y convocar a recapacitar en las situaciones más difíciles.

Hoy día, hermanos y hermanas, todos estamos llamados, como cristianos, a dar testimonio de la Resurrección y de la vida, porque Jesús Resucitado nos ha mandado el Espíritu Santo para permanentemente, discernir y encontrar maneras de seguir diciendo esa Palabra con oportunidad, pero, también, con claridad. Y, por eso, necesitamos unirnos para inspirarnos juntos en todos los terrenos de la existencia.

Quiero dirigirme, especialmente, a nuestros hermanos médicos que, así como hay un testimonio de martirio a partir del servicio que han dado y se han enfermado a consecuencia, justamente, de ayudar, también nos llenemos de valor para integrar una imagen de la medicina que pueda, realmente curar y ayudar a regenerar la humanidad en función la esperanza esperante que tenemos. Lo digo porque hay mucho “experimento por experimento” en el día de hoy, mucho experimento hecho en función de los intereses económicos de grandes empresas, tanto

farmacéuticas y de manipulación genética. Eso que todavía no lo vemos aquí, probablemente, porque estamos en una parte del mundo todavía no tan desarrollada en esos aspectos, hoy es el mayor temor que se tiene de utilizar al propio ser humano como un conejillo de indias.

Y, quizás, es el momento, también, de médicos que levanten su voz como cristianos, pero que la levanten con la misma capacidad científica y la misma capacidad de esperanza que tenemos en el corazón, que permite que la vida sea un proceso generativo abierto, capaz de poder crear y recrear el mundo, pero sin los caprichos y la seducción que tenían los saduceos de empoderarse y no dejar que nadie más vaya adelante.

Que el Señor los inspire para esta tarea, y los que han entregado su vida, de todo corazón, por las personas, por los niños, por los enfermos, y que han perdido la vida de esa manera, sigan siendo guía y testigos de que hay una vida plena que nos espera a la cual marchamos y en la cual podremos marchar ya ahora, y que será la verdadera regeneración de la humanidad Resucitada.

Que Dios los acompañe, hermanos médicos amigos, y que a todos nos ayude el Señor en este camino difícil de la humanidad, en donde necesitamos nuevos testimonios que anticipen la vida futura en la vida presente, llenándola de amor y de esperanza.